

esperó que siguiera. En sus  
cuajaron unas lágrimas.  
El Judas las vió deslizarse por  
las mejillas de la muchacha, y  
su rostro se contrajo en un nue-  
vo gesto de dolor.

—¿Usted por él? —murmuró  
—y después de otra pausa  
breve que la anterior, con-  
tando: pero yo tenía otra idea  
dentro de mi cabeza, la de se-  
ñalar quien la salvara a usted...  
Entonces y yo salimos de casa de  
Gonzalo y nos fuimos al hotel  
para terminar el asunto.

—No siga! —le interrumpió  
Clara.

—Yo necesito que usted sepa  
todo.

—¡No!

El Judas y la maestra miraron  
la puerta que daba al corredor,  
y al oír ligeros golpes sobre la  
puerta. Luego, hombre y mu-  
jer se miraron en silencio. Los  
golpes en la puerta se repitieron.  
Clara hizo un movimiento.  
—Si me delata usted, me mato  
aquí mismo —amenazó el Judas.  
Del otro lado de la puerta Flo-  
ra movió la perilla, tratando de  
abrir.

El Judas y la maestra oyeron  
la voz de la directora llamando  
a Clara.

—¿Qué? ¿Quién es? —pregun-  
tó Clara débilmente.

—Soy yo, Flora. ¿Le ocurre al-  
go? —Clara?

Los ojos del Judas, angustiados,  
estaban clavados en la mu-  
chacha.

—Contesta, Clara! —gritó la  
directora desde afuera.

—No me pasa nada, señorita.  
—respondió la maestra.

—Me pareció que hablabas  
de cosas soñando? —insistió Flo-  
ra.

—Sí, estaba soñando... pero  
no me pasa nada.

—Me habías asustado. ¿Quiere  
venirte a mi cuarto?

—No, gracias, Flora, estoy  
bien. Se lo aseguro.

—Bueno, hija, entonces hasta  
mañana. Llama si me necesi-  
tas.

—Sí, Flora, hasta mañana!

La maestra volvió a mirar al  
Judas.

—Gracias —murmuró él.

Se quedaron un momento, tensos,  
mirando. Todo era silencio,  
dentro de la casa y en la calle. Pa-  
ra estar en paz, como si  
nada sucediera.

—Ya falta poco, señorita Clara.  
—volvió a hablar el Judas—  
—¿con ese hombre a su cuar-  
to? Cuando abrió su maleta le  
dijo que me diera a mí las  
cartas, y yo, a cambio de las  
cartas, le hubiera hecho lo que él  
me hubiera querido... y se lo hu-  
bera cumplido. Pero él se negó  
a darme de mí, a carcajadas, co-  
mo el mundo... menos us-  
ted.

Yo le rogué a aquel hom-  
bre que me entregara las cartas,  
pero él me arrojó sobre él.  
—Dios mío! —Clara veía la  
escena como si suce-  
diera ante sus ojos.

—Le duró mucho la cosa  
—continuó el jorobado—, saqué  
la cuchilla y él... con su ri-  
to quedó tendido en el  
piso.

—Se sentía desallegar  
su cabeza y al mismo

su bella cara descompuesta por  
la risa sarcástica y el jorobado  
que no entendía de justicia...  
furioso, atacando. Había visto  
el cuchillo de que hablaba Ju-  
das, penetrar en el cuerpo del  
hombre joven, de aquel hombre  
a quien ella había querido. Pe-  
ro seguramente eso había sido  
en una época muy lejana, por-

do... he sido yo el que la he  
salvado a usted.

Clara miraba al hombre, tra-  
tando de comprenderlo, de es-  
cudriñar aquella alma que se  
escondía en el horrible cuerpo  
contrahecho. El la seguía miran-  
do a ella, con una extraña ex-  
presión.

—Sólo le pido una cosa, se-



que Clara no podía recordar  
aquel sentimiento de amor. Ha-  
bía visto la cara de Enrique  
contraerse en un espasmo, y  
brotar la sangre de la herida  
donde penetró el cuchillo.

—¿Por qué hizo usted eso, Is-  
mael? —ella misma oyó su voz,  
como si no le perteneciera.

—Para darle sus cartas, señori-  
ta Clara. Busqué en la maleta

señorita Clara.

—¿Qué?

—Que me deje besarle la ma-  
no... solamente besarle la ma-  
no, y la voz de Judas se que-  
bró.

Los labios de Clara tembla-  
ron. Sus ojos se volvieron a llenar  
de lágrimas.

—¡Ismael!

El jorobado dió un paso hacia

ella.

—Sin poderlo evitar, sin saber  
la ciencia cierta por qué lo ha-  
cía, Clara tendió la mano al  
asesino.

Cuando la retiró había una  
gota cristalina sobre la piel de  
su mano. El Judas había dejado,  
con el beso, una lágrima.

El jorobado se levantó.

—Gracias —dijo, sin mirar ya  
a la muchacha— después de ese  
beso, ya no me queda nada que  
hacer en el mundo. Adiós, se-  
ñorita Clara.

La maestra ya no pudo con-  
testar.

El Judas subió a la ventana,  
recortándose la silueta deformada  
sobre la claridad lunar. Un in-  
stante después había desapare-  
cido. Casi al mismo tiempo se  
abrió la puerta de la recámara  
de Clara y entró Flora.

—¡Virgen Santa! ¿Qué rato he  
pasado! —exclamó corriendo ha-  
cia la maestra.

—¿Sabía usted?

—Por eso toqué la puerta ha-  
ce un rato... estaba abierta...  
pero yo lo único que quería era  
que ese hombre se diera cuen-  
ta de que no estaba sola... tem-  
bí enfurecerlo al entraba y que  
se llevara las cartas, pero...

El ruido de un disparo cortó.

(Sigue en la página 24)

## La Srita. María Palomino tiene ese cutis terso y exquisito que toda mujer anhela... "Uso Pond's todos los días," dice ella



La Srita. MARIA PALOMINO, preciosa damita de  
la sociedad mexicana, dice: "La Crema Pond's "C"  
me deja el cutis maravillosamente terso y suave".

# POND'S COLD CREAM

(CREMA LIMPIADORA "C")

Realce el seductor encanto de su rostro con  
una tez realmente bella. Jamás descuide  
esa simple y eficaz limpieza con crema, pa-  
ra conservar la tez *nítida*, suave y hermosa.

*Siempre*, al acostarse — así como durante  
el día — cuide su rostro como lo hace la en-  
cantadora María. *Haga lo siguiente:*

**Para limpiar** — Aplíquese con movimiento circun-  
lar una gruesa capa de la sedosa Pond's Cold  
Cream en la cara y el cuello. Quítesela. Esto  
suaviza y desprende el maquillaje y las im-  
purezas que empañan la tez.

**Para "enjuagar"** — Aplíquese una nueva capa de  
crema. Quítesela. Esto *elimina* los últimos  
vestigios de polvo y deja la tez suave...  
*nítida!*

Le encantará la frescura y suavidad de su tez. Ja-  
más querrá usted omitir el tratamiento de belle-  
za Pond's — ¡es realmente eficaz!



¡Obtenga hoy su Pond's  
Cold Cream!